



daba tiempo y mañas para espiar en favor de los rusos— acusaba a los pintores abstractos de haber perdido todo contacto con el proletariado, Eric Gill insistía en que los pintores no debían considerarse a sí mismos como videntes sino como abarrotados, ya que lo bello, decía, “es una especie de mercancía y no una especie de verdad”. Las latas de conservas, en tanto, se volvían menos abstractas: había llegado la época en que, para la alegría y seducción de las amas de casa, se comenzó a incorporar al diseño exterior de la etiqueta un dibujo o una fotografía que ilustraba el contenido, o lo que con él se podía hacer... Interesantes, por otra parte, las referencias a ese pequeño florecimiento de la pintura mural en Inglaterra —en salones de baile, gimnasios, restaurantes y cines— y en la que destacan los frescos que el Conde de Huntingdon, en un tiempo asistente de Diego Rivera, hizo para el Karl Marx Memorial Colleg de Clerkenwell Green.

Lo que brilla por su ausencia, como dijimos antes, es la inminencia de la Gran Guerra. Hay, es verdad, fotografías del Príncipe de Gales —después Eduardo Octavo y luego Duque de Windsor—, en sus visitas a las zonas mas pobres del país, y referencias a los millones de desempleados. Hay revistas que reproducen a los dictadores y militares gesticulantes del Continente, o que muestran a las mujeres combatiendo en España. Hay ejemplares de las obras de Wells, de la primera edición de *Brave New World* de Huxley. Pero las armas creadas en los años treinta están ausentes: era una época de buenas conciencias, en que todavía se fabricaban máquinas con amor, en la que todavía la gente no había aprendido a contemplar el cielo con miedo. Por eso, por lo delusoria que fue esa década, se le llamó también La Década del Diablo.

DISPARATARIO

POR
CARLOS ILLESCAS

LAS CASAS ABANDONADAS SUBLIMACION DE EXILIO

A veces hay perfumes que hallan toda materia porosa. Se diría que penetran el vidrio.

Baudelaire

Las casas abandonadas mueven la tristeza profunda. Esta experiencia es válida para melancólicos incurables y para optimistas compulsivos. Nadie, a su vista, puede conservar la tranquilidad del ánimo, así se trate de desalmados no instruidos en cosas del espíritu o wagnerianos que han hecho del estruendo la razón de su existir placentero.

Recorrerlas adquiere ignotos significados. Todo cuanto en ellas habitó un día dejaría impresas —invidentes huellas de silencio— transparencias simuladas por ecos antiguos, acecidos del polvo. Y como en ellas nadie avanza ni nada retrocede, los pasos perdidos se conceden a sí propios la condición de ser levitación pura. El movimiento comparece sólo sugerido pero nunca realizado por alguien que acabara de desplomarse.

Sobre las paredes, ahora testigos

de nadie, el debate entre la luz solar y los rayos lunares imprime su voluntad de estilo; se efectúa imponiendo colores que improvisa la anemia. En dicho clima alcanza a distinguirse la exhumación de una tos sofocada, emitida por un intruso que deseó silenciarla cubriéndose la boca con el pañuelo. Es el debate, sobre todo, intento de coloración y no color resuelto. Aquí resulta ancianidad el tono que ha renunciado a ser él mismo; no es presencia del azul que tú conoces y que, falto de inmensidad, omite la vida: ha renunciado al sexo conferido por las vibraciones que prescriben la energía cósmica, alimento de los colores. Calor, llama, brasa, rescoldo, no los habitan en las casas agonizantes, por ello devienen espíritus fuera de espacio, sin filiación posible.

La luna, sobre todo, conlleva al desastre. Así enlace al sol durante los días más radiantes, nunca dejará de conceder las infinitas sombras de estas casas la infinita frialdad que, a la postre, la esteriliza. Ella recorre, merced a pasos breves, los rincones cercanos; también los resquicios altos, tramos de escaleras que han cesado de crujir a fin de revelarnos pisadas de alguien cuyo nombre no es diferente a la atmósfera seca, acibillada de rumores. Habrá de reanimar su obsesión deambulatoria porque a partir de este momento muchas cosas podrían engolosinarla; nunca ha sido indiferente a observarse en los espejos; ellos son, a estas alturas, el único ojo vivo que vela los sueños sin salida de las casas abandonadas. Pero entendámonos, la luna profundizará con tanto ahínco a los llamados del narcisismo, que nunca logrará escapar del fondo del espejo propuesto como cárcel de sus gelideces; además, testigo de los desmayantes suicidios tras imágenes perdidas en la imagen de su imagen.

El sanguinoso sol, en cambio, se esmera en ser definitivo. Penetrar en las casas abandonadas como un forastero hiperbólico. Se instalará sin acatar cánones y ruegos sobre objetos imaginarios aunque no menos reales. Su muerte ha sido permanecer largamente preteridos. En ellos no indagará colores pero sí sonidos. Y ya en posesión de las sombras ideales proyectadas por los objetos alegóricos y rumorantes, sugeriría, ensimismados en el humo de su pipa, temas melódicos, paranomasias como historias de naufragios, dichas sin aspavientos por marineros bostezantes.

Aquí el sol transforma el continuo fluir del tiempo con el tañido de sus arpados rayos; recorre las eternas es-

tancias de las casas desahuciadas chorreando una suerte de miel espesa que es su propia luz amarillenta y dulce. Mediante el curso pegajoso que efectúa inventa recursos melódicos; serían guturalizaciones al fragmentarse en notas transcritas más hacia gestos de sonido que sílabas articuladas entre dientes. El sol, sin embargo, deberá torcer el rumbo en cuanto topa sombras lunares distribuidas en el seno de las casas profundas, abandonadas, harapos de una parálisis reiterada en ecos por los muñones de la suspirante soledad.

Las casas reducidas a ser almas en pena, más aun que sugerirlo se dan principio a sí mismas empezándose por el fin. Se trata de una realidad en la cual ni el verbo ni la acción han sido lo primero. Y de la misma manera que nada las ha inventado, nadie, pues, vendría a reclamar el falso derecho de explicar categorías y preminencias, tonos, epactas y jerarquías. Porque al no empezar nunca sí podrían acabar una noche de fulgores imprevistos.

Otro fantasma diferente a ti, lector, habría hallado en ellas el significado de la virginidad, no como elevación pero sí como pérdida del alma. Demasiado silenciosas, terminan con su acción triturante por macerar sus carnes y secar las fuentes donde florecían los sexos. Así, descarnadas, han quedado reducidas al puro cuerpo original. Y lo que sería incidente de puertas y arcadas en otros mundos menos omisos, más congruentes, aquí en esta atmósfera enrarecida es acatamiento innecesario; todo, fuera ya de la medida reguladora se produce en espacios acogotados por la frustración. Lo infatuado de salones y molduras, labradas en esquinas bruñidas, no atiende tal despoblamiento, creado para ser negación del júbilo.

En efecto, todo esto y más se halla impreso como un asma de las casas abandonadas a fin de aprehender, algún día de luz permanente, el más allá. Lobreguez sobre los húmedos lamparones del artesonado. Y vuelta viene y vuelta va en el pasamanos de infinito recorrido, si erisayara a dispersarse en su quietud..

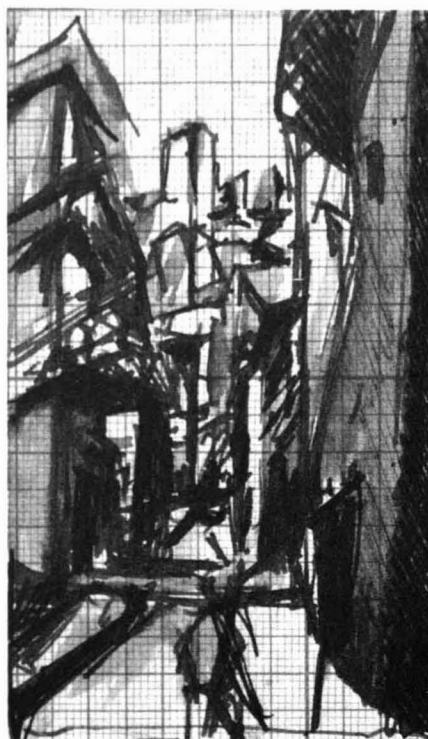
¿Quién habría rebuscado en las cosas remotas de estas casas ictericas, rencorosas, una nueva soledad como experiencia formada de agonías sin testigos? Quietud de nombres abandonados, flotantes sobre el aire ya sin objetos que revelar. Solos. Palabras sin sentidos, a su medida la muerte

concebida sin gangosos deudos rezadores. Son los nombres vacíos perlando el aire del ambiente. No importa. Alguien le recitará al silencio palabras contra rumor, tactos y antenas al invocar la perplejidad. Entra, si lo quieres en salones a oscuras a fin de escucharte en ellos; descubrirías cómo alguien refiere historias de tu vida pasada pero al revés, narradas merced a un largo chasquido ya acto de afinación de un doloroso instrumento pulsado con manos recién enterradas.

Todo por ti que recorres tantas veces los cuartos expósitos; las salas en donde el tiempo corporeiza la humedad. Prosigues buscándote, indagando por ti, sacudiendo las migajas de un paño cubierto con polvo solar original. Preguntas, bebes el vaso de tus curiosidades a largos sorbos. La fatiga. Ascienes y descienes escaleras. Pero en realidad temes recibir la vaharada a hongos deprimidos proveniente del cuarto en donde tú, un día, te soñaste recorriendo una casa abandonada, erigida a mitad de campos comidos por la langosta, de un país cuyo nombre sollozante te niega a repetir.

En este punto despiertas, Desanudadas la corbata. Te estremeces. Comprendes que empezaste a olvidar cómo se respira; pero el palpito del sueño persiste aún. Tu corazón no funciona. Camina hacia lo oscuro.

Te has puesto en pie. Buscas la



puerta de salida. Deseas la calle. La ganas. En ella detienes al primer transeunte a quien interrogas acerca de dónde podrías hallar la funeraria más cercana. Este, que ni un solo instante ha dejado de observarte sin prevención, apunta el dedo hacia un signo remoto de la calle. Te encaminas allí, lugar de tu destino. De nuevo traspones puertas vacías, cenotafios levantados hacia el silencio en una vieja casa abandonada. Pero aquí todo es diferente, incluso el sol, la luna, los espejos, el polvillo. Todo, menos tú que puedes todavía transmitir éstas y otras experiencias.

Delito de opinión

POR
JOSÉ LUIS GONZÁLEZ

LA LECCION DE UN HOLOCAUSTO

Como "noticia", desde luego, no se justificarían estas líneas: el acontecimiento que me mueve a escribirlas tuvo lugar hace más de un año, en noviembre de 1978. Con todo, es legítimo suponer que los catorce meses transcurridos desde entonces no lo han borrado de la memoria de quienes en aquel momento se enteraron de lo acontecido con explicable horror y desconcierto. Me refiero al suicidio colectivo de más de 900 miembros de la secta llamada Templo del Pueblo en un rincón selvático de la república sudamericana de Guyana.

El holocausto voluntario de aquella comunidad dio lugar, como todos sabemos, a un verdadero alud de información periodística. Y, como era de esperarse, el grueso de esa información se caracterizó por el sensacionalismo reductible a que es habitualmente afecta, por su propia naturaleza, la prensa comercial de las sociedades capitalistas. No faltaron en